

Miguel d'Ors

La aventura del orden

(Poetas españoles del Fin de Siglo)

SEVILLA  1 9 9 8
R E N A C I M I E N T O

ÍNDICE GENERAL

<i>Advertencia</i>	7
Aproximación a la poesía de Luis De Paola.....	11
<i>Paisajes vividos</i> (Prosas líricas de Federico Bermúdez- Cañete).....	29
Carlos Clementson entre el fervor y la ceniza.....	37
Descubrimiento de Víctor Botas.....	43
La metapoésia de Víctor Botas.....	51
María de los Ángeles Mora, <i>Pensando que el camino iba derecho</i>	81
Antonio Colinas, Premio de la Crítica.....	89
"Al fin y al cabo, Eloy"... (El "tú" y el "él" de autorre- ferencia en la poesía de Eloy Sánchez Rosillo)...	101
Antonio Quintana, poeta.....	113
Felicísimo Blanco Martín, <i>Los dioses de la calle</i>	121
Andrés Trapiello: La tradición como revolución.....	125
Vicente Sabido: Señales de vida.....	135
Florinda Salinas, <i>Este sueño presuroso</i>	139
Jardines de María Sanz.....	149
Luis García Montero, <i>El jardín extranjero</i>	155
Aurora Luque, <i>Hiperiónida</i>	165
<i>Días en claro</i>	171
Abel Feu Vélez: <i>La vida misma</i>	175
La más hermosa clase de belleza.....	179
Una apología de la poesía asturiana y tres hurras por Javier Almuzara.....	183
Gabriel Insausti, <i>Noche a noche</i>	193
Índice onomástico.....	197

ADVERTENCIA

Este libro contiene un puñado de escritos, diversos en su fecha, su extensión, su intención y su tono, relativos a poetas españoles nacidos a partir de 1939 (Luis De Paola, argentino de nacimiento, reside en España desde hace ya muchos años) y aparecidos en la escena literaria después de 1970. Publicados inicialmente en periódicos, revistas o libros misceláneos, se recogen ahora juntos para mayor comodidad del lector interesado -en el caso, naturalmente, de que exista-, al que este libro ahorrará muchas búsquedas casi siempre complicadas y en algunos casos muy posiblemente inútiles a fin de cuentas. Los trabajos se han ordenado aquí según la edad de los poetas estudiados. Cuando hay más de uno sobre una misma figura, se han dispuesto según la fecha de su redacción.

Esta fecha, en todos los casos, se indica entre corchetes al pie de cada texto. Parece obvio que para la comprensión y valoración de éstos no es irrelevante su contextualización en el momento en que fueron escritos. Razón por la cual ninguno de ellos ha sido reelaborado para esta ocasión, cuyo contexto es muy distinto del que les rodeaba cuando vieron la luz por primera vez.

Sin embargo, el autor, que como todos los autores cree poseer un extraño magnetismo para con las erratas de imprenta -afortunadamente, es cierto, de intensidad algo menor que el de aquel fogoso vate hispanoamericano del que cuenta Pablo Neruda que, habiendo escrito un tremendo endecasílabo que rezaba «yo siento un fuego atroz que me devora», se encontró con que los duendes esos a los que los profesionales de las Artes Gráficas suelen echar la culpa de sus incompetencias le habían transmutado, en la imprenta de Manuel Altolaquirre, el «atroz» en un tan escandaloso como memorable «atrás»... -, el autor, decía, aprovecha muy gustoso la ocasión que este volumen le brinda para corregirlas, las erratas, limando también, de paso, alguna torpeza de expresión y algún error de detalle de las versiones primitivas de los textos que recoge, con el deseo de que ese hipotético lector los lea ya siempre en este libro.

Creo que todos los poetas considerados en él, más allá de las diferencias de edad, sexo, carácter, ideología y estética existentes entre ellos -estimo que en materia de poesía mi gusto puede calificarse de amplio-, tienen en común algunas cosas. Ante todo, la excelencia literaria -no he querido incluir aquí otros trabajos relativos a autores coetáneos cuya obra me interesa menos o incluso me repele abiertamente-, aunque esto no debería interpretarse en el sentido de que ellos sean los únicos excelentes, ni siquiera los más excelentes, entre los poetas jóvenes de los últimos veinticinco años. Lo que pienso a este respecto quedó expuesto en mi librito de 1994 En busca del público perdido. Aproximación a la última poesía española joven (1975-1993), del que éste es complemento y ampliación. Los poetas aquí contemplados son, simplemente, figuras destacables -ya que no siempre destacadas- sobre las en algún momento he querido escribir algo. Sobre algunas otras, que leo a menudo y aprecio

mucho, desde José María Merino, Juan Luis Panero o Javier Salvago hasta Emilio Quintana, Antonio Manilla o Martín López-Vega, no he querido (o no he podido) escribir nunca nada.

Por otra parte, me parece observar que, con las imaginables modulaciones individuales, los poetas contemplados en estas páginas comparten la confianza en las posibilidades expresivas, comunicativas y estéticas del lenguaje, el desinterés por los planteamientos «vanguardistas» (o, más bien -no seamos ingenuos a estas alturas de la Historia-, oficialmente tenidos por tales), lo que, por supuesto, no significa que renuncien radicalmente a las aportaciones de la lírica contemporánea -y en este sentido los casos de Antonio Colinas, Antonio Quintana o Lorenzo Oliván se me antojan especialmente elocuentes-, y una concepción de la poesía que enlaza ésta con la vida, las emociones y la intimidad.

En cuanto a los escritos aquí reunidos, estimo que, también más allá de las ya apuntadas diferencias de fecha, extensión, intención y tono, tienen tres rasgos comunes. Por una parte, el haber sido dictados -y creo que esto se nota incluso tras la «asepsia» del estilo académico de algunos- por un impulso de entusiasmo apasionado por la poesía en ellos considerada. Por otra, su carácter avizorador: algunos señalan la aparición de un joven, o jovencísimo, poeta prometedor; otros quieren iniciar el estudio pormenorizado y riguroso de autores de cierta edad y, en mayor o menor grado, ya reconocidos, a los que la crítica académica no había prestado todavía atención. En todo caso, unos y otros se adentran por territorios en su tiempo poco frecuentados. Finalmente, todas las páginas de este libro tienen como presupuesto básico una concepción humanista de la poesía. Esto significa: entiendo que, por su propia naturaleza, el lenguaje -y el poético no constituye una excepción- es para que